

mos una diversion inocente para solazar el ánimo, debe ser con el fin de la propia conservacion, para glorificar y amar á Dios, en cuyo honor debe hacerse todo, como aconseja S. Pablo. Luego amarnos como debemos, es amar á Dios. Por consiguiente el amor de los que se aman á sí mismos con el fin de satisfacer sus pasiones y dar rienda á sus apetitos, es desordenado y criminal, injurioso á Dios y nocivo á ellos mismos.

Por lo que hace á la caridad en cuanto mira al prójimo, ya he dicho que nos obliga á amarlo como á nosotros mismos. Esta es una de las verdades mas inculcadas, pero al mismo tiempo la mas olvidada en la práctica. De aquí la ruina de tantas almas; porque sin amar á Dios, es imposible salvarse; y como este amor está tan enlazado con el amor del prójimo, que ni podemos verdaderamente amarle sin amar á Dios, ni á Dios sin amar al prójimo, el que no tiene caridad, está excluído del reino de los cielos. Mas claro; Dios es la caridad por esencia, y el que permanece en la caridad, permanece en Dios, segun el Evangelio. Por el contrario, el que no tiene caridad con su prójimo, no vive en Dios, ni su gracia habita en él; pues *si no ama á su hermano á quien ve*, dice S. Juan, *¿cómo amará á Dios, á quien no ve?*

Por esta causa, cuando instruía este apóstol en su avanzada edad á sus discípulos sobre el cumplimiento de este precepto, únicamente les decia: *hijitos míos, amáos unos á otros*. Y preguntado por ellos, ¿por qué siempre les decia esto mismo? les respondió esta digna sentencia: *porque es precepto de Dios, y si se observa, basta*. Encierra pues la caridad toda la ley con los profetas. Encierra el amor á Dios, el amor ordenado á nosotros mismos y el amor á nuestros prójimos. Tiene pues esta virtud su orden. En primer lugar se dirige á Dios por amor, en segundo á nosotros mismos, y en tercero á nuestros prójimos. Pero en orden á estos, deben preferirse los parientes, segun su agrado, á los que no lo son; los pastores y superiores á los simples fieles; los cristianos á los infieles, como dicen los padres S. Agustín y S. Bernardo. A todos respectivamente debemos desear y procurar los auxilios contenidos en las obras de misericordia, así espirituales como corporales. De esta suerte cumpliremos con la caridad, y amando á Dios y al prójimo de corazon en vida, le gozaremos en la eternidad. Amen.

SERMON

SOBRE

LA NECESIDAD DE SERVIR Á DIOS DESDE LA JUVENTUD.

(DE NEUVILLE.)

PARA EL VIÉRNES DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA.

Quis ex vobis arguet me de peccato?

Quién de vosotros me argüirá de pecado?

S. Juan, cap. 8. v. 46.

Al mismo tiempo que los fariseos se gloriaban con arrogancia de ser hijos de Abrahan, de Isaac, de Jacob y herederos de los patriarcas y profetas, le disputaban al Salvador que fuese hijo único de su eterno Padre. Hombres insolentes y temerarios, les dice Jesucristo, ¿cómo os adjudicáis en mi presencia un título ilegítimo? Si descendéis de un padre santo y virtuoso, mostrádo en vuestras obras: *si filii Abrahæ estis, opera Abrahæ facite* (1). En vano corre su sangre en vuestras venas, si le afrentáis con vuestros vicios; y él mismo negará una generacion perversa que deslustra la gloria de su fe con la ignominia de su infidelidad. No reconozco ya en vosotros á los hijos de Abrahan, porque la perversidad de vuestras costumbres os ha dado otro padre en el demonio, de quien habéis aprendido esa rabia y ese furor: *vos ex patre diabolo estis, et desideria patris vestri vultis facere* (2). Pero yo deo que mis acciones declaren y justifiquen la nobleza de mi origen; y si no creéis á mis palabras, preguntád á mis obras: *operibus credite* (3). Examine vuestra maligna y envidiosa curiosidad todos los pasos de mi vida, y vea si encuentra alguna huella mia en los caminos de los pecadores, si toda mi conducta no ha sido nivelada con la mas severa virtud, y si entre tantas acciones halla una sola prohibida por la ley: *quis ex vobis arguet me de peccato?*

(1) S. Joan. c. 8. v. 39. (2) *Ibid.* v. 44. (3) *Ibid.* c. 10, v. 38.

¿Qué podían responder los fariseos á un argumento tan convincente? Á la verdad solo un Dios santo por esencia podia haber pasado la dilatada carrera de su vida sin pecar, pues una virtud tan perfecta no puede nacer ni conservarse en esta miserable tierra contaminada con el pecado de nuestro primer padre, donde por hombre santo no se entiende un hombre que no peca, sino un hombre que peca raras veces y venialmente.

Por esto, católicos oyentes míos, no vengo yo hoy á reprehender esas imperfecciones leves, esas faltas ligeras en que incurre la humana fragilidad; y ¡ojalá que la inocencia de vuestras costumbres no diese materia mas grave al ejercicio de nuestro zelo! Pero lo que injuria á Dios gravemente, lo que á la Iglesia causa tantas lágrimas y desconsuelo, y á los buenos tan vivo dolor, es no solamente que haya hombres perversos que pasan años enteros sumergidos en el hediondo cieno del vicio, sino ver que con afrenta del cristianismo hay un tiempo y una parte de la vida, en que se juzgan los hombres autorizados para mirarlo como el tiempo destinado á pecar, como la edad á que la virtud no tiene derecho alguno.

Es necesario, decís, aguardar que pase la juventud; y gobernándoos por esta máxima detestable, no hay ley que no quebrantéis, ni exceso que no cometáis, ni disolucion que no autoricéis, ni pecado que os atemorice. Hoy intento combatir este espantoso error, manifestándoos, en primer lugar la necesidad de servir á Dios en la juventud; y en segundo lugar los medios de perseverar en ella en su santo servicio. Este es el asunto y la division de mi discurso que á todos os puede ser provechoso, alentando á los jóvenes en su fervor, y excitando á los que no lo son, á verdadera penitencia. Pidamos la gracia por la intercesion de María. *Ave Maria.*

PARTE PRIMERA.

Consiguieron finalmente introducirse y arraigarse en el cristianismo las máximas escandalosas de que así como hay un tiempo para servir á Dios, para dedicarse á la virtud, para procurar la salvacion; hay otro para servir al mundo, para darse á los placeres y para satisfacer las pasiones; que el hombre, como libre, como dueño de sí mismo y árbitro de su corazon, debe en los primeros años rendirse á los halagüeños apetitos que

le arrastran segun los deleites que le incitan, disfrutar del verdor de la juventud, darse á todo género de pasatiempos; que esta amena y agradable edad corre velocísimamente; que la importuna vejez despertará en nosotros y á pesar nuestro serías reflexiones, y que para pensar en la eternidad tendremos bastante tiempo, cuando nos hallemos cerca del sepulcro.

Ved ahí la doctrina que tan sin vergüenza sustituye nuestro siglo á la del Evangelio; ved la doctrina de nuestros teatros, la doctrina de nuestros libros, la doctrina de nuestras conversaciones; doctrina que las pasiones siguen gustosas, el corazon recibe con ansia y la naturaleza corrompida contrapone á la razon; y doctrina con que el infierno, atento á destruir la heredad de Jesucristo por medio de tantos hombres pervertidos y pervertidores que se prestan á su inicuo ministerio, inficiona á toda prisa los últimos dias de este mundo que está amenazando ruína: doctrina diabólica y desatinada en sus principios, y sumamente perniciosa en sus efectos. Cómo así? Porque esta resolucion de pasar la juventud disolutamente, hace á Dios gravísima injuria, os expone á vosotros á horribles desgracias, y os causa irreparables daños. Aplicad vuestra atencion á estas tres reflexiones.

I. *Lætare, juvenis, in adolescentia tua, et ambula in viis cordis tui* (1). Anda, dice el Espíritu santo en el Eclesiastes, anda, joven disoluto, tan dormido á los llamamientos de mi gracia y tan dispierto á los incentivos de los vanos deleites, tan indócil á mi voz que te llama, y tan obediente á la de la concupiscencia que te domina, anda, corre á sacrificar los mejores dias de tu vida al ídolo infame de la sensualidad; anda, y no turbe el curso de tus locas alegrías el menor remordimiento: *Lætare, juvenis*. No niegues á tus sentidos nada de lo que apetecen; vive segun tus depravados deseos, desprecia mi ley santa, siguiendo solamente los impulsos de un corazon desenfrenado: *ambula in viis cordis tui*. Pero no entiendas que siendo testigo de tus desórdenes, los apruebe yo con indigna condescendencia; pues mis ojos, con que observo tus desvarios, tienen contados todos los pasos que das en los caminos de la maldad, y mi mano los escribe en aquel tremendo libro, donde se leerá la suerte eterna de los mortales en el dia de las venganzas: *et scito quod*

(1) *Eccles. c. 11. v. 9.*

pro omnibus his adducet te Deus in iudicium (1). El mundo acaso os perdonará los yerros de la juventud, excusándolos y justificándolos; pero yo no me gobierno por el capricho de un pueblo necio que juzga según el ciego dictámen de las pasiones, y no según las leyes del Evangelio y de la razón: porque yo soy, yo debo y quiero ser Dios de tus primeros años, como lo soy de los postreros días de tu vida, y te pediré estrecha cuenta de ellos: *et scito quod pro omnibus his adducet te Deus in iudicium*. Y ¿por qué los pecados de la juventud no han de ser pecados? ¿Conoce acaso el Evangelio esa frívola distinción de primeros y de últimos años de la vida? ¿en qué pasaje de él se declara que los preceptos no tienen lugar sino al fin de la vida? ¿qué significan pues estas palabras: *dicebat autem ad omnes* (2)? Cuando Jesucristo nuestro bien mandaba caminar por el camino estrecho, hacerse fuerza, negarse á sí mismo, llevar su cruz, seguirle, imitarle; hablaba con todos sin diferencia de estado ni de condición, de empleo ni de calidad, de sexo ni de edad; hablaba con grandes y pequeños, con ricos y pobres, con jóvenes y viejos: *dicebat autem ad omnes*. ¿Cómo, si la edad juvenil goza de especiales privilegios que la exceptúan de la ley común; cómo el apóstol san Pablo, aquel maestro de las naciones, aquel doctor de las gentes, aquel vaso de elección que iluminado por el Espíritu santo, supo del mismo Jesucristo el sentido íntimo y verdadero de la ley; cómo escribiendo á su discípulo Timoteo, le decía: *juvenes similiter exhortare ut sobrii sint* (3)? Exhorta á los jóvenes á vivir con sobriedad y modestia: dáles á entender que el Dios de los cristianos no es ninguno de aquellos dioses de la gentilidad, deidades imaginarias y fantásticas, que propicias á los vicios de los hombres perdidos, permiten rienda suelta á las pasiones de la juventud desenfrenada, pues nuestro Dios es Dios de todas las edades: en su presencia no puede justificar la juventud ni los excesos de la impureza, ni el frenesí de sus blasfemias, ni el furor de sus odios y venganzas, ni los excesos de su destemplanza: *juvenes similiter exhortare ut sobrii sint*.

Ó loca y desatinada juventud! ¿con que Dios no es Dios de todos los tiempos? no es Señor de todos los tiempos? ¿no es el dispensador, el árbitro y el autor de todos los tiempos? ¿Te-

(1) *Ibid.* (2) *S. Luc. c. 9. v. 23.* (3) *Epist. ad Timoth. c. 2. v. 6.*

nemos acaso un solo momento que no sea una gracia de su benigno amor, y como un efecto de su infinito poder? ¿no teje su mano toda la tela de nuestra vida? ¿no se derivan de este mismo principio nuestros primeros instantes y nuestros últimos momentos? ¿no es el alma de la juventud, del mismo modo que es el apoyo donde la vejez se sustenta? Y si todo es de él, ¿por qué no se referirá todo á él? si todo viene de Dios, ¿por qué no volverá todo á Dios? ¿Con qué derecho te atreves á vulnerar su autoridad suprema, señalándole límites, y fijando el tiempo en que ha de tener principio su imperio? ¿Con qué derecho usurpas de una vida, que debes toda entera á la liberalidad de Dios, veinte ó treinta años, que robas á su Majestad, para adjudicarlos al vicio y al demonio? y cuando en el bautismo le juraste fidelidad inviolable, ¿prometiste darle solamente la vejez?

Hombre ingrato y fementido! ¿parécete que toda tu vida entera es dádiva excesiva para un Dios tan grande, para un Dios, de quien la has recibido toda, para un Dios á quien la has prometido toda? Señálame una cosa que no hayas recibido de Dios, y yo te diré lo que puedes negarle. Dime desde cuándo empezó á amarte, y yo te diré hasta qué edad te es permitido ofenderle. Sabe pues que todavía no existías, y ya él te amaba: y qué? no emplearás tú en amarle todo el tiempo que existas?

Nace Jesucristo, y luego llora: apresúranse á salir aquellas lágrimas que han de amansar la cólera de su eterno Padre enojado por tus ingratitudes, y con sus ardientes suspiros y deseos eficaces llama la hora en que han de empezar sus tormentos: *Baptismo aveo baptizari, et quomodo coarctor usque dum perficiatur* (1)? Yo, decía á sus apóstoles, he de ser bautizado con un bautismo de sangre: ¡oh, y cuánto tarda para lo ardiente de mi amor el cumplimiento de esta grande obra! Finalmente en la flor de sus años, en la primavera de su vida muere por ti; y de esa edad ¿no te dignas todavía de vivir por él?

Obstupescite coeli super hoc (2). Asombráos, cielos! No se contenta mi pueblo con tratarme como á los dioses de los paganos, y de mancomunarme con un ídolo vano y sin poder, sino que también ofrece á la sensualidad el incienso mas puro y las víctimas mas pingües: *obstupescite coeli super hoc*. ¿Es posi-

(1) *S. Luc. c. 12. v. 50.* (2) *Jerem. c. 2. v. 12.*

ble, vil é indigno cristiano, que tu Dios no te parezca bastante amable para rendir y fijar tu amor? No repruebo ya tu ceguedad, tu perfidia y tu ingratitud: corra tu mudable é inconstante corazon de objeto en objeto; obsequie ahora á Dios, ahora al mundo; tenga dias señalados para servir alternativamente ya al uno, ya al otro; pero en fin ya que no merece Dios reinar solo en tu corazon, ¿no es á lo ménos digno de reinar en él el primero? ya que no merece un amor perseverante que abrace todo el discurso de los años, ¿es acaso indigno de los mejores dias de tu vida?

Porque resolverse libremente y de caso pensado á dejar á Dios, miéntras dura la juventud, y no convertirse sino en la vejez, ¿no es hasta donde puede rayar el desprecio y el ultraje? ¿Sabes qué quiere decir este discurso: miéntras me sienta con brio y fuerzas, quiero darme á los deleites, y cuando la edad vaya cayendo, me volveré á Dios? sabes qué quiere decir? Avivád vuestra atencion para escucharlo. Es como si dijeras: yo no puedo dejar de convertirme á Dios tarde ó temprano; pero quiero dilatarlo cuanto me sea posible: harélo cuando me vea estragado por los deleites, empobrecido por el libertinaje, perdido y podrido por la disolucion: harélo despues de haberme desquitado anticipadamente de las mortificaciones saludables de la virtud con los gustos pecaminosos del vicio. Es como si dijeras: amo al mundo y á sus deleites; amo al pecado y á los deleites reprobados del pecado; y no me apartaré del mundo, hasta que el mundo me desampare; ni dejaré de servir al mundo, hasta que el mundo me despida de su servicio; ni me abstendré de los deleites, hasta que me vea imposibilitado de disfrutarlos; ni aborreceré el pecado, hasta que el pecado carezca ya de incentivos para mí; ni lo evitaré, hasta que me ofrezca otras comodidades que el infierno; ni dejaré de amarle, hasta que de amarle no me resulte ningun fruto ni utilidad. Es como si dijeras: no me entregaré á Dios sino en el caso de no hallar otro á quien servir, ni le buscaré sino cuando todo lo demas huya de mí: yo le reservo para que ocupe el vacío que dejará en mi corazon la pérdida de los bienes y placeres mundanos; yo bien deseo que me consuele en los sinsabores de la vejez; pero no quiero que acibare los gustos de mi juventud. Es como si dijeras: mi corazon no se mueve por los beneficios de Dios; pero la memoria de sus castigos consterna y atemoriza mi al-

ma: y como por una parte no le amo, le ofenderé miéntras me considere con tiempo bastante para aplacarle; como por otra parte le temo, emplearé algunos de mis decrepitos dias en desagrarle; y con tal que logre desenojarle, nada me importa haberle ofendido, porque no me propongo evitar el pecado, sino el castigo que trae consigo el pecado. Es como si dijeras: nada haré en todo el discurso de mi vida mirando á Dios, sino que lo ejecutaré todo mirándome á mí: el amor de mí mismo y la propia conveniencia serán la regla de mis desaciertos y de mi conversion, de mis pecados y de mi penitencia; por este impulso me moveré á amar y á aborrecer; por él admitiré en mi alma ya el deleite de ofender á Dios, ya el dolor de haberle ofendido: al principio me apartaré de su Majestad para entregarme sin rienda á los gustos sensuales, y despues me volveré á él para asegurar mi salvacion. Es finalmente como si dijeras: mi corazon vive entregado al mundo, y desearia continuar en gozar de sus deleites; no le privaré pues de ellos sino á mas no poder: es verdad que mi corazon vive apartado de Dios; pero no se lo entregaré sino cuando no pueda hacer otra cosa, ni me portaré como cristiano sino en cuanto baste para no condenarme: regularé mi juventud por los impulsos de mi amor, y mi vejez por las impresiones únicamente de mi temor.

Discurrir y obrar de este modo ¿no es conservar siempre aficion al pecado? ¿no es exponerse á amarle siempre, y por consiguiente á no dejarle nunca? no es esto burlarse de Dios? no es esto alucinarse y engañarse á sí mismo? Y ¿qué sería de vosotros, amados oyentes míos, si Dios no quisiese ser tampoco Dios de vuestra vejez, así como vosotros no queréis que sea Dios de vuestra juventud? ¿si repudiase los dias postreros de vuestra vida, así como vosotros le negáis los primeros? ¿si murieseis finalmente sin haber alcanzado, ni aun pedido la gracia de una conversion sincera y verdadera? Tendriais motivo entónces para quejaros? Y el decoro de su gloria ¿no parece que exige que despues de haber sido burlado, os burle tambien igualmente? ¿debe contemporizar con nuestros antojos, cuando nosotros despreciamos su autoridad?

No, me diréis, no temo que desatienda mis lágrimas, bien sé qué oirá benignamente mis postreros suspiros, y que mi desmayada y moribunda voz llegará hasta su trono; pues ¿quién

no sabe que el Dios de las misericordias es un Dios que se aplaca fácilmente?

¿Con que sabes que es un Dios que fácilmente se amansa, y con todo eso eres tan bárbaro que le ofendes? ¿quién ha visto que el amor del padre sea causa para que su hijo le injurie? Si Dios, replicas, fuese ménos digno de ser amado, yo procuraría amarle: lo que me alienta á ofenderle en mi juventud, es la esperanza de que aceptará mi arrepentimiento en mi vejez; de modo que si hubiera puesto límites y término á su amor, yo los hubiera puesto á mi ingratitude; y siendo ménos misericordioso, sería mas amado. Ó hombre pérfido! ¿hasta dónde ha de llegar tu atrevimiento y desprecio? Tu conducta no solo ultraja á Dios de un modo cruelísimo, sino que es tambien imprudente en su grado, pues lo aventuras todo para en adelante.

II. Con efecto, cuando la juventud se resuelve temerariamente á sumergirse en el vicio, no por eso consiente en precipitarse en el infierno, porque espera enmendar con la buena conducta de la vejez los desórdenes de los primeros años. Pero preguntáos, ¿pende de vuestra mano el hilo de vuestra vida, ó sabéis el número de días que habéis de subsistir en el mundo? ¿qué sabéis vosotros si Dios ha señalado el fin de vuestra vida cerca de su principio, condenándoos á morir casi inmediatamente despues de nacer? ¿qué sabéis vosotros si esa flor de la juventud padecerá la misma suerte que las demas flores transitorias y caducas, que á la mañana ostentan su verdor y lozanía, y á la tarde se desmayan y marchitan? ¿Qué propicia mano ha corrido el velo que oculta á vuestra vista la incertidumbre de lo futuro? ¿no ignoráis vosotros igualmente que yo los arcanos de aquella sabiduría infinita que puso límites á nuestra vida, y señaló aquellos términos fatales que no podemos traspasar? Lo que yo sé es que he visto, y vosotros lo habréis visto tambien, que muchos jóvenes heridos de una mano invisible murieron de repente en el verdor de sus años, en la flor de su edad; que imploraron en vano con sus lágrimas y suspiros á la juventud y á la vida, que sordas á sus clamores huían precipitadas: vosotros los oisteis exclamar en la amargura de su corazón con aquel rey de Judá: *in dimidio dierum meorum vadam ad portas inferi*: yo siento que mis fuerzas desfallecen, la escasa luz de mis ojos no ve sino las sombras de la muerte; apé-

nas he vivido algunos días, y ya me recibe la oscura concavidad del sepulcro: *in dimidio dierum meorum vadam ad portas inferi*. Lo que me consta es que en ningun siglo se han visto mas sucesos trágicos, mas muertes repentinas é imprevistas que en el nuestro. Parece que la enormidad de nuestros delitos ha alterado las leyes de la naturaleza; que á proporcion que nos apresuramos nosotros á ofenderle, él se apresura á castigarnos; y que ha preparado nuevos tormentos para castigar estos nuevos monstruos de obscenidad y de irreligion de que casi no tuvieron idea nuestros padres. Lo que sé es, que atendida la historia de los siglos pasados y la experiencia del presente, resulta que de cuantos viven en el mundo, un cortísimo número llega á la vejez, y que la muerte se complace en segar gargantas de jóvenes, y en sacrificar tiernas víctimas en sus funestas aras. Sé que es sentencia expresa del Espíritu santo, manifestada en los sagrados Libros, que el impío perece por lo comun en la mitad del curso de su vida: *non dimidiabunt dies suos* (1); que el árbol infructuoso que ocupa inútilmente la tierra, será arrancado, sin que aguarde el dueño á que por sí mismo se caiga: *ut quid etiam terram occupat* (2); que el pecador, por mas que emulando los cedros del Líbano, levante hasta las nubes su orgullosa cabeza, desaparecerá en un instante, y echándole de ménos la tierra que le sustentaba, preguntará si existió: *transivi, et ecce non erat* (3). Lo que sé es, que atendiendo muchas veces su divina Majestad á su misericordia ultrajada, á su justicia desairada, á su Iglesia deshonrada, y á los demas fieles cristianos á quienes inficionaria el contagio de vuestros malos ejemplos; os ataja los pasos en medio de la carrera, acorta los días de vuestra vida, para que se acaben los escándalos de ella, y sobresalta la falsa seguridad de la juventud desatinada, dándole ocasion para que no espere, á ejemplo vuestro, tener tiempo ya de disfrutar de los deleites del pecado, y ya de detestar el pecado de vuestros deleites.

Y ¿qué sería de ti, joven infeliz, si como otro Baltasar, y en medio de tus gustos ilícitos é inmundos vieses de repente que una mano fatal escribía la sentencia de tu muerte? ¿qué sería de ti, si desde el lecho de la culpa te hallases trasladado súbitamente á los brazos de un Dios justiciero, exhalando todavía

(1) *Psalm. 54. v. 24.* (2) *S. Luc. c. 13. v. 7.* (3) *Psalm. 36. v. 36.*

los vapores de tu obscenidad, y respirando vicio, destemplanza y disolucion? y ¿harás todavía gran caudal de esos años que te prometías y reservabas para tu conversion? ¡Ay, y á cuántos ha condenado esta temeraria confianza! Si el infierno se abriese en tu presencia, ¡cuántos te dirían: jóvenes fuimos nosotros como tú, robustos y con salud; como tú nos dejámos dominar de las pasiones que nos engañaban, y variábamos los pecados segun el arbitrio y diversidad de nuestros deseos: tambien pensábamos como tú, que con el ejemplo de los postreros años de la vida borraríamos los escándalos de los primeros; pero ay, que nuestros primeros años fueron los últimos! Empleámos en locuras el tiempo que teníamos, y no llegámos á ver el tiempo que destinábamos para vivir virtuosamente! qué delirio! ¡despreciar lo que está en nuestra mano, y fundar la esperanza de la eternidad en lo que no depende de nosotros! ¿Es posible, Salvador mio, que sea cosa tan dulce el ultrajaros, que sacrificuen los hombres sus intereses de mayor importancia al detestable deleite de haberos ofendido? de modo que estará acaso determinado que perezcan hoy, y aguardan ellos á mañana á precaver su ruína.

Quiero no obstante, que saliendo victoriosos de tantos azares y peligros como amenazan á la juventud, lleguéis á una edad mas avanzada. Pero el fin de vuestra juventud ¿será por eso el principio de una vida cristiana? ¿ó ántes bien imitaréis á aquel ingrato israelita que apelaba siempre á lo futuro, sin quererle obligar nunca al tiempo presente? *expecta, reexpecta* (1); espera, espera mas. Si por eso no queréis servir á Dios en la juventud, porque solo os queréis volver á Dios forzados de la necesidad de asegurar vuestra salvacion, ya pasó esa juventud, ya se ha amortiguado ese hervor de la sangre, ya con la edad se va entorpeciendo y helando en las venas; pero como no es todavía la vejez decrepita, cada dia dilatáis vuestra conversion: *expecta*. A los pasatiempos de la juventud han sucedido la avaricia y la ambicion de la edad mas madura: viviais ántes entregados á los deleites, y ahora aplicáis todos vuestros cuidados y desvelos á los adelantamientos de vuestra fortuna: *reexpecta*. A proporcion que vais creciendo en edad, ponéis mas adelante el término que os habiais fijado; descubris de-

(1) *Isai. c. 28. v. 10.*

lante de vosotros mas tiempo todavía y mas espacio, y no os tenéis por tan viejos, que no podáis aun esperar algunos años de vida: *expecta*. El tiempo que pasó, os parece un fugaz instante, y echáis de ver que ha sido tan poco lo que habéis vivido, que esperaréis vivir largo tiempo. Llegáis á cierto momento en que os persuadís que setenta ni ochenta años no son de aquellas edades que se arriman á la sepultura, y ese es puntualmente el momento en que habéis entrado vosotros en aquella edad. Por otra parte no reguláis ya la vejez, ni la juventud por el número de los años, sino por la robustez del temperamento. Procuráis persuadiros que sois jóvenes; y ¿qué no hacéis para persuadirlo á los demas? No os cansáis finalmente de esperar, y por consiguiente tampoco os cansáis de dilatar: *reexpecta*.

Pero qué, cristianos! ¿creéis acaso que está en manos del hombre gobernar á su arbitrio el corazon, disponer despóticamente de él? ¿moverle á su voluntad, darle y apartarle, aficionarle y desprendarle, abandonarle y volverle á cobrar, cuando quiere, y siempre que quiere? O juventud, ó floridos, pero fatales años! ¡que no nos sea permitido cercenar de nuestra vida aquellos dias de delirio y de embriaguez, que tanta guerra y tantas calamidades nos ocultan bajo la apariencia de un deleite engañoso! Dejamos que se apodere de nuestro corazon la avaricia, la envidia, la ambicion y la destemplanza, y nos lisonjeamos de poder extinguir esa llama, y de contener ese torrente arrebatado. Vana ilusion, esperanza quimérica y funesta! Vives engañado, amado hermano mio, y el infierno juega con tu flaca razon. No te dirá que pases toda la vida envuelto en pecados; bien sabe que no te atreverias á seguir una guia tan horrible, si no te pusiese delante algun camino por donde libertarte de su tiranía. No quiere pues sino que le concedas algunos dias; que él sabrá aprovecharse bien del tiempo que le des: él contaminará, socavará y carcomerá todos los cimientos de la virtud y de la fe, y sabrá radicar con tal firmeza su imperio, que ejerza mas amplio poder en tu alma que tú mismo.

Ay jóven desdichado, exclama el Crisóstomo! duermes con sosiego á los piés del ídolo que te hechiza, y que no te despertará hasta que te haya privado de todas tus fuerzas: sirves al infierno, porque al parecer es poco lo que te pide; pero entiende que eso poco es el todo: *hoc parum non est parum, immò est totum*. Y por qué lo es todo? porque el que peca, dice